

jeto y á su pensamiento, sustituyendo la fria palabra del escritor, con la voz, con la acción, con la palabra del cómico, y hasta con la pintura de la escena, y en algun caso con la realidad de la naturaleza, como hizo en las espléndidas fiestas del Buen Retiro.

De aquí proviene tambien el estudio profundo que hizo de las pasiones, del hombre interno, verificándose muchos de sus dramas dentro del alma, en las más recónditas regiones del pensamiento; haciendo asomar á los labios, como en Segismundo, las dudas hasta de la propia existencia.

Ante este pensamiento concreto, son fácilmente explicables los defectos de que se ha acusado á Calderon. Errores en geografía y en historia, que en nada afectaban al pensamiento del drama; largos monólogos filosóficos; falta de vida y de movimiento en algunas escenas; sencillez del argumento en algunas comedias, cuando demostró en otras su rara habilidad y fecundo ingenio en la trama y el enredo; retrato poco vivo de la mujer, y otros lunares, que algunos críticos han censurado con la vista solamente en el escenario, prescindiendo por completo del autor y de su época.

En algunas comedias de Calderon no entran las mujeres sino como una necesidad, como viven y existen en el mundo y en la casa, sin que sea necesario recordar á cada momento que son el objeto del amor, y que sus aventuras, sus caprichos y sus desdenes son la causa de la mayoría de los actos del hombre. En *La vida es sueño*, Rosaura y Estrella, por sí mismas, no entran como parte principal en el argumento; y la boda, con que, segun costumbre y casi imposicion, termina el drama, tiene tan poca importancia que pudiera suprimirse. Rosaura no es más que el plano de prueba para excitar la pasion de Segismundo. Calderon es aquí un pintor que produce un efecto de luz para copiarle; un anatómico que estudia un movimiento del alma.

Así, copiando siempre, es el poeta colorista de nuestra escena; da forma y realidad á las ideas, ya en sus personajes, ya en las descripciones de la naturaleza. Hace algun tiempo le comparamos con Meyerbeer, en esos grandes toques en que con una pincelada, que pasa ante la vista como una ráfaga luminosa, deslumbra, conmueve y arrastra: sus cuadros tienen exceso de luz, reflejan con vigorosos tintes todos los matices; en aquellas décimas de *La vida es sueño*, en algun momento, las vivas escamas del pez, la pluma de las aves, el murmullo del torrente de cristalinas y sonoras aguas, hacen olvidar la profundidad del pensamiento, la triste situacion de Segismundo y aquella horrible imprecacion al cielo con que comienzan. El color, la imaginacion, los resplandores de la luz se sobreponen á la idea; el poeta se sobrepone al filósofo, el lirismo al drama.

Unas veces copia al hombre y otras la sociedad, creando, ya tipos, ya cuadros de costumbres ó de política. En aquel tiempo, la pública censura, que hoy se acogería en las columnas de un periódico, se refugiaba en pasquines, anónimos, papeles sueltos, sátiras, diarios de sucesos y otros manuscritos, que corrian de mano en mano, y despues, confiados á la memoria, de boca en boca. Ninguna época ha abundado tanto en estos escritos, que son hoy un precioso auxiliar del historiador.

Calderon llevó á su teatro esa costumbre como hecho, y ese pensamiento como objeto. Sus obras tienen casi todas un marcado sello histórico; esa oportunidad que hoy hace la fama del periódico, del folleto y del libro. *El sitio de Bredá*, escrito el

mismo año de la rendición de esta plaza; el *Privilegio de las mujeres*, en el mismo año de la pragmática del lujo; *La Virgen de los Remedios*, *El pintor de su deshonra*, tomada de un hecho ocurrido en Madrid, y otras muchas que escribió para asuntos del momento, lo prueban de un modo concluyente. Era un pintor que hacía el cuadro del día.

No se le ocultaba que era impotente para conseguir la enmienda, y que su pluma era débil contra la corriente general de las costumbres: él mismo nos lo dice:

Yo no basto á reducir las;  
(con tal condicion nacimos)  
yo vivo para vengarlas,  
no para enmendarlas vivo.

Y como la época era inmoral, sus cuadros lo eran alguna vez. De aquí proviene esa acusación que, contenida en sus días por el respeto personal que inspiraba, brotó sobre su tumba, y reprodujeron Nasarre y Moratin. No pretendemos nosotros defenderle de esas censuras, cuando la crítica ha explicado ya las circunstancias en que escribieron, juzgando al génio por las reglas de una retórica vulgar y minuciosa. Pero hay entre los juicios de Nasarre, Gonzalo Moron y Gil y Zárate, una opinión que hacemos nuestra, y que es allí una censura y aquí una explicación. Los personajes de su teatro son imaginarios; tipos tomados de la historia ó de la mitología, ó creados por su fantasía para vestirlos á su modo, traerlos á su época y hacerles representar el papel que le convenia, ateniéndose muchas veces á las órdenes que prohibian escribir comedias que no fueran de santos, ó históricas ó mitológicas, y sin amores del día.

No existian verdaderamente estos personajes, como no existió el ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha en la pátria que le dió Miguel Cervantes. Y hemos de notar aquí, valga por lo que valiere, que Calderon no olvidó nunca el tipo del héroe manchego; que le cita con frecuencia en sus obras, alguna vez sin gran oportunidad, como si fuera un pensamiento constante suyo, y que escribió una comedia, desgraciadamente perdida, con el título de *Don Quijote de la Mancha*.

Lícito es suponer, á lo ménos como ligera hipótesis, que la mente de Calderon, creando héroes para desarrollar un pensamiento, estuviese constantemente fija en la invención del ingenioso manco de Lepanto, que resumió el suyo en un solo héroe, que vive y vivirá eternamente.

Con aquel exactísimo y atrevido pincel trazó las costumbres de su tiempo; pero con él también dió á conocer su juicio, y dejó entrever la opinión que le merecian las cosas humanas, así en el terreno de la política como en el de la ciencia.

Lamentóse de la corrupción general, de los horrores de la guerra, de la injusticia en los premios y las mercedes, de los abusos de la fuerza; unas veces con dramas enteros, y otras con un solo rasgo lleno de fina sátira y de delicadeza.

Es muy difícil penetrar en el terreno de las interpretaciones, y no quisiéramos incurrir en un defecto que hemos censurado; pero creemos que si se analizáran los escritos de Calderon, bajo el punto de vista político, científico ó artístico, podría formarse casi exactamente el código de sus opiniones. Conocia perfectamente los errores de su tiempo el hombre que escribió *El Alcalde de Zalamea* y el *Amar despues de la*

*muerte*, en que describe los horrores de la rebelion de las Alpujarras, y, en los dias de Felipe IV, juzga á los moriscos, como lo hace nuestra época al censurar su expulsion:

Y tienen donde apacientan  
gran cantidad de ganados;  
si bien los más se sustentan  
más que de carnes, de frutas  
ya silvestres ó ya secas,  
ó de plantas que cultivan;  
porque no sólo á la tierra,  
pero á los peñascos hacen  
tributarios de la yerba;  
que en la agricultura tienen  
del estudio, tal destreza,  
que á preñeces de su azada  
hacen fecundas las piedras.

No ménos exactas y justas eran las opiniones que sobre otros conocimientos humanos tenia. Jamás incurrió en los delirios y supersticiones de la astrología, que en aquel tiempo seducian á hombres verdaderamente profundos; y no sólo combatió directa y claramente esa absurda creencia, sino que explicó de una manera sencilla la causa de esas supersticiones en *El mayor mónstruo los celos*, donde dice de esa pretendida ciencia:

Dar crédito no conviene  
á los secretos que encierra,  
que es ciencia que tanto yerra,  
que, en un punto solamente,  
mayores distancias miente  
que hay desde el cielo á la tierra.

Y penetrando en esta facilidad del corazon humano para aterrarse ante las señales del cielo:

Pues ¿por qué en nuestras quimeras  
han de ser escrupulosas  
las venturas mentirosas,  
las desdichas verdaderas?

Fué tambien ajeno á ciertas preocupaciones vulgares, como puede demostrarlo el entremés, titulado *La rabia*, en el cual se burla con gran habilidad de los saludadores, poniendo en ridículo al que hacía aquel papel.

Tampoco creyó en otras supersticiones propias de su tiempo, como lo indica en *La dama duende*, cuando D. Manuel, hablando con su criado, le dice que ántes podrá perder el juicio que creer en cosa sobrenatural; que nadie vió los duendes, que los familiares son quimeras, lo mismo que las brujas; los hechiceros un error; que no hay súcubos, ni encantadoras; que los magos son cosa nécia; los nigromantes liviandad; los energúmenos una locura; que los diablos no tienen poder notorio, y que respecto de las ánimas en pena las desafía á que le enamoren. En *El galan fantasma* combate del mismo modo la creencia en apariciones y fantasmas.

Sobre todo esto fué un teólogo delicadísimo; porque mucha delicadeza, unida á grandísimo ingénio, se necesitaba para escribir aquellos admirables autos en que Calderon manejaba á su antojo las virtudes, los vicios, los misterios de la religion y las

alegorías más atrevidas, sin incurrir apenas en el desagrado de una censura tan sutil como la que entónces existía.

Pero querer deducir de aquí que Calderon fué un filósofo, sábio y metafísico, un teólogo reformista, un libre pensador á la medida de nuestros tiempos y un hombre muy adelantado á su siglo, es un error. No; no hay que sacar á Calderon del centro en que vivió; no hay que aislarle de la sociedad que reflejó en sus obras. Ante ciertos juicios extraños, que pretenden desfigurarle, es preciso volverle á nuestra pátria, al Madrid del siglo xvii, y vestirle el traje de su época, que nunca abandonó. Dejemos correr la fantasía; pero sobre una crítica sensata, sobre hechos que tengan un fundamento real y verdadero.

Calderon fué un español del tiempo de Felipe IV; un hombre de su siglo, con los defectos, los extravíos y las debilidades de aquella época. Su ilustracion general no fué superior á la de sus contemporáneos; porque no hemos de tomar al vulgo, con sus errores, al vulgo lleno de ignorancias y preocupaciones, ya gaste levita ó cogulla, para medir á un hombre de la talla de Calderon: hemos de compararle con otros ingénios que le aventajaron en ciencia y en conocimientos filosóficos. Calderon fué un hombre superior, por su génio, por su imaginacion, por su recto juicio, por su carácter; prendas todas personales, que le hacen descollar entre los hombres, pero no sobre el espíritu de los tiempos.

## VI.

Llegamos á la epoca más oscura de la vida de Calderon; á la que ha sido escollo de sus biógrafos y motivo de una porcion de suposiciones: á la época en que decidió hacerse sacerdote, para lo cual impetró licencia del Consejo de las Órdenes, que le fué concedida el año 1651.

Sin embargo, á nosotros, siguiendo atentamente la vida del ilustre poeta y examinando las condiciones de aquella sociedad, no se nos hace difícil explicar este suceso; ántes por el contrario, le vemos como muy natural y lógico.

No hay para qué entrar á discutir si era motivo suficiente la necesidad de tomar estado, como hace algun biógrafo; porque nos parece que la edad de cincuenta y un años no era la más propia para verse en el forzoso dilema de casarse ó hacerse cura.

Tampoco hay que buscar solamente, como han hecho otros, la razon del estado, que el hombre y la mujer toman, en la voluntad y en la vocacion. Entónces como ahora, el hombre y la mujer casi nunca elegian estado con arreglo á su vocacion; porque la sociedad, que tiene tantas ventajas, y para la cual ha sido hecho el hombre, tiene tambien sus inconvenientes, y ejerce despotismos y tiranías sobre el alma.

El hombre sigue ante todo en su carrera los consejos paternos ó los caprichos maternales; es víctima de la suerte y de mil vicisitudes y fuerzas ocultas, que viven en el seno de la sociedad, de la familia y del propio individuo, que le impulsan, le arrastran y le llevan donde jamás pensó estar. Así Calderon, jóven, rechazó los consejos de su madre para hacerse cura, y vino á terminar ordenándose de sacerdote.

Ni ménos hemos de entrar á examinar, como otros, si el autor de *La vida es sueño*, porque no dejó, segun costumbre de la época, media docena de hijos naturales, era ó no apto para el matrimonio, y se abrazó á los cincuenta y un años al celibato eclesiástico.

Tampoco se hace necesario acudir á una conversion repentina ó un súbito arrepentimiento, que no suele ser en la mayor parte de los casos más que un nuevo movimiento apasionado del alma. Ni hay dato alguno que lo justifique: muy al contrario, existen palabras suyas que demuestran que no sintió este arrepentimiento, por no ser necesario á los ojos de su conciencia. Poco despues de ordenarse declaraba, en efecto, que sus trabajos literarios no se oponian á la nobleza de su sangre, ni á los «atentos procederes en que siempre habia procurado conservarla:» palabras tan ajenas de un arrepentido, como propias de una conciencia honrada, que mira con serenidad su pasado.

Ni ménos es posible suponer que buscase en el sacerdocio un amparo, ó como ha dicho alguno, que «se acogiese á sagrado,» tomando á beneficio todas las prerogativas é inmunidades que el clero tenia en aquella época. No es posible concebir que un caballero de Santiago, un soldado distinguido en la guerra, un hombre premiado por servicios especiales, amigo del rey, mimado por la córte, aplaudido y respetado por el pueblo y con todo género de poderosos valimientos, buscase inmunidad bajo el hábito de sacerdote. Calderon era justo; era noble en su proceder; era generoso y caritativo; no tuvo enemigos personales, ni áun en el campo literario, ni lo que es más admirable, en aquella córte de intrigas. ¿Contra qué y contra quién iba á buscar inmunidad?

Por otra parte, no debió ocultarse á su perspicaz ingénio que las persecuciones podian respetarle como cortesano, y no como individuo del clero, sometido á las autoridades eclesiásticas, y subordinado á superiores, que como seglar no tenia. Y así sucedió, en efecto, como veremos más adelante.

No. Verificóse en él una lenta y natural transformacion del espíritu, de la vida, del sentimiento, que buscaban la paz y la calma tras de una existencia agitada. No necesitó hacer esfuerzo alguno para dedicarse al sacerdocio: llegó naturalmente á ese estado, conducido por su fé, por su aislamiento en la vida íntima, por sus condiciones de rectitud.

La edad, los desengaños del mundo, la muerte de sus hermanos y de los más íntimos amigos, en cuya compañía habia escrito algunas comedias; el hastío de aquella córte frívola, le aconsejaron buscar la calma de la vida, el alejamiento del trato y el tranquilo retiro de una capilla.

La juventud de aquellos siglos, llena de vigor, de energía y de robustez, acostumbrada á la libertad de la guerra, y no domada por precoces desengaños, ni por temprano escepticismo, era violenta, apasionada y tal vez brutalmente soberbia; pero cuando la fuerza irresistible de los años templaba el ardor de las pasiones, el hombre entraba natural y tranquilamente en una vejez digna y austera. A una juventud sana de corazon y sana de inteligencia corresponde una ancianidad sana tambien.

Así encontramos con tanta frecuencia en aquellos siglos ese tipo de ancianos venerables, simpáticos, modelos de honradez y lealtad, que atraen por el cariño y por el

respeto, y que encubren con una segunda vida de austeridad y de virtud los devaneos de la edad primera. El mismo teatro de Calderon nos ofrece estos tipos, que, á primera vista y bajo un exámen superficial, parecen incompatibles con la violencia y el horror de los tiempos.

En esa edad en que el horizonte empieza á limitarse, y se sienta la ya trémula planta en la cumbre de la vida; en que el camino que nos queda es menor que el que se ha recorrido, la vista se vuelve á lo pasado, buscando más espacio. Entónces brotan de nuevo los tiernos sentimientos de la niñez; entónces, despues de un período de abandono de la familia, y sobre todo del recuerdo de la madre, renace este sentimiento, y se convierte en un culto sagrado y en una adoracion purísima; porque las madres siembran de este modo en el corazon de sus hijos.

Entónces debieron brotar en Calderon los recuerdos del deseo de su madre; de su primera tonsura; de la capellanía abandonada; de las vanas locuras de la juventud; y unidos estos sentimientos á los desengaños y á la pérdida de seres queridos, tanto más queridos cuanto más perdidos, se decidió por el sacerdocio.

Calderon habia sido un jóven tal vez calavera: viviendo en unos tiempos que hemos procurado pintar, para dar al cuadro el fondo, sin el cual son incomprensibles las figuras, no pudo sustraerse á la influencia de las costumbres. Fué acuchillador en una época de duelos y galanteos, en que las mujeres se enviaban carteles de desafío; aventurero como estudiante y poeta, cuando España se despoblaba en guerras extranjeras; no le detuvieron las puertas de un convento, ni los respetos de una iglesia, persiguiendo á un enemigo, en unos dias en que el honor se ponía á la altura de la religion, y la venganza se confundía con el valor. La juventud tiene sus fueros, que mirados desde la ancianidad merecen el juicio que Calderon sacerdote hizo de Calderon jóven:

... hidrópico de culpas,  
y en ellas mismas sediento  
saciaba la facultad;  
mas no saciaba el deseo.

Pero nuestro poeta habia recibido una educacion religiosa; jamás tuvo dudas ni escepticismos en su mente; en medio de los extravíos de su juventud escribió dramas religiosos con esta fé entusiasta y algo romántica del catolicismo, que crea dentro del alma, y en medio de la pasion, una especie de panteismo religioso, un aroma indefinible y constante, que se sobrepone y se ingiere aún en los mayores extravíos, cuando nacen de un corazon fogoso, arrastrado por la fuerza del sentimiento.

A estas razones, bastante poderosas por sí solas para explicar su resolucion de ordenarse, se agregan otras ocasionales, que concluyeron por decidirle, y que ningun biógrafo ha tenido en cuenta, por ignorar su existencia.

Aquella capellanía, fundada por su abuela D.<sup>a</sup> Inés Riaño, de que anteriormente hemos hablado, continuaba en realidad vacante; porque ni la habia podido servir su hermano D. Diego, por haber contraído matrimonio, ni habia podido recaer en el otro hermano D. José, que habia seguido la carrera militar. Ambos habian muerto, además; el uno sin sucesion, y el otro dejando un hijo que no tardó en seguir á su padre á la otra vida. D. Pedro la poseia desde 1625, en que cumpliendo una cláusula de la

fundacion, habia sido nombrado su usufructuario; pero usufructuario en realidad nominal, porque su escasa renta apenas daba para el sacerdote que la servia interinamente, y para pagar el cánon al patrono.

Esta razon, de no poca fuerza, acabó de decidirle, ordenándose como primer capellan de la tal fundacion, y comenzando á usar el apellido Riaño, que ya habia usado cuando se ordenó en su juventud, segun establecia otra cláusula de la escritura fundatoria.

Tan poderosos son estos motivos para cambiar de estado, atendiendo á que la pérdida de la capellanía era un grave asunto de familia y aún de nombre en aquella época, y á la situacion de nuestro poeta, al entrar en la vejez, que bastarian para explicar su resolucion. Pero un estudio atento de su vida y de sus obras, y el exámen de la influencia que en su ánimo ejerció esta decision, como veremos despues, nos hacen afirmar que no fué sólo la capellanía el móvil eficiente de su conducta, sino un estado del ánimo propicio á cambio tan radical de su vida.

Ya ántes de hacerse sacerdote, sus ideas le habian llevado á prácticas religiosas. En 1650 presentó un memorial á la Orden Tercera de San Francisco, pretendiendo ser hermano de la congregacion. En 11 de Octubre del mismo año fué admitido, y el 16 tomó el hábito; demostrando desde entónces, y en la hora de su muerte, el cariño á esta Congregacion, que, apenas se hizo sacerdote, le honró con el nombramiento de Discreto eclesiástico, en 27 de Diciembre de 1651.

Ante aquellos sagrados votos su conciencia dudó si debia colgar al pié del ara el arpa del trovador, y temió que el drama fuese incompatible con la religion, y el poeta con el sacerdote; duda que excitada por la pública murmuracion, y meditada por su propio pensamiento, le preocupó profundamente, como tendremos ocasion de ver. De todos modos, por el pronto, segun sus propias palabras, creyó que debia desdeñar la poesía y se propuso hacerlo; mas le salió al encuentro una orden del rey, comunicada por D. Luis de Haro, mandándole escribir una comedia para celebrar la convalecencia de la reina. Apremiado por esta orden, y disgustado por las murmuraciones, se defendió enérgicamente en una carta al patriarca, suplicándole que no insistiera en mandarle escribir para las fiestas del Corpus. En esta carta notabilísima se defiende Calderon, diciendo que el hacer versos es una gala del alma ó agilidad del entendimiento, que no alza ni baja á los sugetos; se lamenta de quien juzga incompatible el sacerdocio y la poesía; pone, con gran habilidad, por delante el mandato real para que la censura tropiece en él ántes que en su obediencia, y concluye con un rasgo de altivez en estos duros términos: «Reduzcamos á dos palabras el discurso: ó esto es malo ó es bueno: si es bueno no me obsten; si es malo no se me mande.»

Estas dificultades y otras semejantes, que fuera más largo enumerar que difícil exponer, le aconsejaron indudablemente solicitar una capellanía de reyes en Toledo, considerando este cargo como un descanso y un retiro.

La vida tranquila de aquella olvidada córte, que habia oido por tantos años el rumor del combate y de los tumultos políticos, las románticas fiestas de los árabes y las grandiosas devociones de los cristianos, debia atraerle naturalmente como «fijo norte;» pero debió tambien impresionarle de un modo extraño. Llega á Toledo en 1653, como

un «ignorante peregrino;» y entona un cántico de fé ante aquella *católica montaña*; frase que trae ineludiblemente á la memoria aquella otra de Wren, tan celebrada por los críticos del arte, que considera las catedrales góticas como *montañas de piedra*. Admira las delicadas y altivas torres, dominando los edificios y los montes; pisa el umbral, y se extasía ante lo suntuoso de las naves y el misterioso silencio del espacio, que hablan á un tiempo á su razon y á su fé, á su imaginacion y á sus creencias:

Ignorante peregrino  
soy, que á las piadosas aras  
del sagrario de María  
condujo, no errante planta,  
fijo norte, sí, en aquella  
aguja, que sobre tantas  
cervices, ya de edificios,  
ya de montes, se levanta,  
de cuyo animado bronce  
aún más que del de la fama  
conducido, llegué apenas  
al pié de sus torres altas.

.....  
Al ámbito pasé, en cuyas  
naves la vista engolfada,  
sin peligros de tormenta,  
corrió achaques de borrasca.  
¡Oh! cuántas muertas noticias  
vivas memorias, ¡oh! cuántas,  
ofuscado el pensamiento  
revolvió al verse en su estancia.

La transicion era demasiado brusca para que no impresionára fuertemente una imaginacion como la de nuestro poeta. Pasar de aquella córte de galanteos á la misteriosa Toledo; del coliseo de comedias al templo santo y grave; del rumor de alegres y livianas fiestas al silencio de aquella mansion de «celestes oscuridades,» era bajar de un jardin á una tumba; pasar de la vida á la muerte.

Bajo aquellas elevadas naves, en que el hombre se ve tan pequeño, concibió el ascetismo, y se entregó á tristes meditaciones sobre la muerte; poniendo en sus versos el sentimiento, que rara vez tiene en nuestra literatura la poesía ascética.

Allí escribió aquellas décimas melancólicas, impregnadas de tristeza, imitacion en algun modo de las sentidas estrofas de Jorge Manrique, en que canta la nada de la vida con más conviccion y desengaño que arranque poético.

¡Oh! tú, que estás sepultado  
en el sueño del olvido,  
sí para tu bien dormido,  
para tu mal desvelado!  
Deja el letargo pesado;  
despierta un poco, y advierte  
que no es bien que desa suerte  
duerma, y haga lo que hace,  
quien está desde que nace  
en los brazos de la muerte.

Da lugar al pensamiento  
para que discurra, y veas



que lo más que tú deseas,  
 es todo un poco de viento.  
 No labres sin fundamento  
 máquinas de vanidad,  
 pues la mayor majestad  
 en un sepulcro se encierra,  
 donde dice, siendo tierra:  
 «Aquí vive la verdad.»

Mira como pasó ayer,  
 veloz como tantos años:  
 evidentes desengaños  
 del limitado poder.  
 Lo que fué dejó de ser,  
 y no quedó dello más  
 del *ha sido*: tú, que vas  
 por este mundo inconstante,  
 mira que el que va delante  
 avisa al que va detrás.

La corona y la tiara,  
 que tanto el mundo estimó,  
 ¿qué se hizo? ¿en qué paró  
 sino en lo que todo pára?  
 ¡Oh mano del mundo avara!  
 si tanto bien nos limitas,  
 ¿para qué, dí, nos incitas  
 á aspirar á más y más,  
 si lo que despacio das  
 tan deprisa nos lo quitas?

Allí también, tal vez enfermo,

el pulso desnivelado,  
 torpe la voz, yerto el brio,

escribió ó concibió, por lo ménos, *Las lágrimas de un alma arrepentida*, y los *Afectos de un pecador*, que pueden servir de modelo en la poesía ascética; y en que hablando ante Dios como poeta, quiere que la pluma que escribió galanteos escriba también arrepentimientos:

Este cadente cincel,  
 que labraba los aciertos  
 de su engaño con los mismos  
 eslabones de sus yerros.  
 Este impelido volante,  
 que sin parar un momento  
 en su giro, descansaba  
 sólo en su desasosiego.  
 Esta infeliz pluma (digo)  
 que con el cuidado mismo  
 con que hizo el afán culpable,  
 pudo hacer justo el empleo.  
 Si hasta aquí sirvió de vario  
 pincel á los varios centros,  
 á donde el génio tiraba  
 las líneas de sus afectos.  
 Si á la lira del antojo